

Discurso de Pablo VI a la Pontificia Academia de Ciencias^(*)

I. *Recepción*

Al recibiros, señores, cuando termináis vuestra semana de estudio sobre las «Fuerzas moleculares», no es Nuestra intención —quizá dudáis de ello— aventurarNos adentrándoNos en el terreno científico, que es el vuestro, sino más bien deciros cuál es el aprecio en que la Iglesia os tiene, cuál es el interés con que sigue vuestros trabajos, el deseo que la anima a hacer todo lo que dependa de ella para favorecer el feliz desarrollo y el constante progreso de vuestras investigaciones en el seno de la Pontificia Academia de Ciencias.

Ya sabéis que este anhelo era el del eminente fundador de esta Academia, el gran Papa Pío XI. Fue también el de sus dos sucesores y Nos no vamos a recordar ahora los magistrales discursos con los cuales durante el curso de su largo y grandioso pontificado Nuestro predecesor, Pío XII, quiso ilustrar cada una de vuestras sesiones.

Con el advenimiento del Papa Juan XXIII, cuya sucesión hemos recibido, un elemento bastante nuevo — puede decirse así — ha intervenido en las relaciones de la Autoridad Eclesiástica con el mundo científico.

Ya no es solamente el Jefe visible de la Iglesia, en discursos aislados, es el episcopado mundial, reunido en Concilio, quien quiso pronunciarse sobre la actitud de la Iglesia ante el mundo de hoy y singularmente en presencia de los desarrollos modernos de la cultura y en relación a lo que es objeto de vuestro trabajo

(*) Traducimos del francés el texto publicado en *L'Osservatore Romano* del 25-26 de abril de 1966. Hemos añadido por nuestra parte al texto original, la subdivisión en apartados y sus subtítulos.

al cual vuestra vida se ha consagrado tan noblemente: la investigación científica.

II. *Ciencia y Sabiduría*

Las conclusiones de este vasto «examen de conciencia» de la Iglesia en este terreno han quedado consignadas en un documento que merece, así lo pensamos, toda vuestra atención; del cual, varios de vosotros, ya tienen conocimiento: la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy.

Dirigiéndose en su segunda parte a cierto número de problemas concretos que se plantean a la Iglesia de nuestro tiempo, este importante documento aborda el terreno de la cultura. Ante todo da la bienvenida a su empuje y al advenimiento de lo que puede llamarse un «nuevo humanismo». Pero también señala en seguida la complejidad de los problemas que son su consecuencia especialmente aquel que Nos parece tiene para vosotros un interés muy especial: «¿Cómo —se dice allí— cómo tan rápida y progresiva dispersión de ramas particulares de estudio puede armonizarse con la necesidad de formar su síntesis y de conservar en los hombres las facultades de la contemplación y admiración, que llevan a la sabiduría?» (N. 56 § 4).

Puede decirse que este breve párrafo coloca perfectamente uno frente al otro, el punto de vista del sabio especializado —el vuestro— y el de la Iglesia. Estais —y es vuestro honor— deseosos ante todo de hacer progresar el saber humano; deseosos de asegurar continuamente nuevas adquisiciones en cada una de las ramas: síguese de ahí, por la fuerza misma de las cosas, esta «rápida y progresiva dispersión» de que habla el documento conciliar. La Iglesia ante todo está ansiosa de síntesis, pues ella tiene por misión salvaguardar la armonía y el equilibrio de la criatura racional, y ayudarla a elevarse hasta esa «sabiduría» superior, que dimana de la revelación divina de que es depositaria.

Ve ella los riesgos que se corren con una especialización demasiado acentuada y los obstáculos que puede acarrear al impulso del alma hacia lo espiritual.

En interés del hombre, la Iglesia quiere salvaguardar a cualquier precio estas «facultades de contemplación y de admiración» que una civilización puramente técnica correría el riesgo de malvender. Sobre todo teme, como madre solícita del verdadero bien de sus hijos, «que el hombre, confiado con exceso en los inventos actuales, crea que se basta a sí mismo y deje de buscar ya, cosas más altas» (Ibid., n. 57, § 5). Son también éstas las palabras mismas de la Constitución sobre la Iglesia en el mundo de hoy, y

nos introducen en el corazón del debate entre la Iglesia y la ciencia. La Iglesia pregunta: ¿qué vale exactamente — inquiera — la investigación científica? ¿hasta dónde llega? ¿agota toda la realidad, o bien no es más que un segmento suyo, el de las verdades que pueden alcanzarse por los procedimientos científicos? Y estas mismas verdades, tan acertadamente amadas por el hombre de ciencia, ¿son por lo menos definitivas? ¿o serán acaso mañana superadas por algún nuevo descubrimiento? ¡Qué de lecciones nos da en esto la historia de las ciencias!

III. *El sentido de la vida y de la ciencia*

Además, ¿da finalmente este estudio del investigador especializado, por admirable y profundo que sea, da razón de las cosas que descubre? ¡Cuántas estrellas en el cielo! Cierto. Pero ¿cómo y por qué? ¡Qué de maravillas en la anatomía y la fisiología del cuerpo humano! Sin duda. Pero ¿para qué es el cuerpo humano? ¿para qué el hombre? Aquí la ciencia queda muda, y debe serlo, so pena de salir de su dominio propio. Se detiene en el lindero de las preguntas decisivas: ¿qué somos? ¿de dónde venimos? ¿adónde vamos?

No creáis, Señores, que provocando estas preguntas queramos en lo más mínimo poner en duda el valor del método científico. Más que nadie, la Iglesia se goza con toda verdadera adquisición del espíritu humano, cualquiera que sea su terreno. Reconoce y aprecia mucho la importancia de los descubrimientos científicos.

El esfuerzo de inteligencia y de organización, necesario para llegar a nuevos resultados en este dominio, es, por su parte, objeto de aliento y de admiración. Porque no ve en ello solamente un empleo magnífico de la inteligencia: descubre también ahí el ejercicio de altas virtudes morales, que dan al sabio el aspecto y el mérito de un asceta, a veces de un héroe, al cual la humanidad debe pagar un copioso tributo de alabanza y de agradecimiento.

En su diálogo con el mundo de la ciencia, la Iglesia no se limita a señalar a la investigación científica su puesto exacto en el universo del conocimiento, y a precisar sus límites y a reconocer merecimientos. Todavía tiene una palabra por decir al hombre de ciencia sobre su misión en el universo creado por Dios.

Es más que evidente que la ciencia no se basta a sí misma: no puede ser para sí misma su propio fin. La ciencia no existe más que *por* y *para* el hombre; ha de salir del círculo de su investigación y desembocar en el hombre, y por él sobre la sociedad y sobre la historia entera.

La ciencia es reina en su dominio propio. ¿A quién ocurriría negarlo? Pero ella es a su vez sirviente respecto del hombre, rey de la creación. Si ella rechazase el servir, si no apuntase ya al bien y al progreso de la humanidad, se volvería estéril, inútil y, digámoslo, dañosa.

IV. *Ciencia y moral*

Las consecuencias de esta misión de servicio son incalculables, y sería preciso aquí abordar —pero los breves momentos de que Nos disponemos no Nos lo permiten —el inmenso problema de la moralidad de las aplicaciones de la ciencia. Que se trate de genética, de biología, de empleo de la energía atómica, y de tantos otros dominios que tocan de cerca lo que hay de esencial en el hombre, el sabio leal no puede dejar de preguntarse ante el cruce de sus descubrimientos con este complejo psico-fisiológico que es en definitiva una persona humana: ¿todo está permitido? ¿Puede la ciencia aplicada hacer abstracción de una norma de moralidad, puede correr sin freno «más allá del bien y del mal»? ¿Quién hay que no vea a qué aberraciones seguras podrían entregarse a nombre de la ciencia?

V. *La caridad del saber*

Pero la Iglesia no espera solamente de la ciencia que no perjudique a la moralidad, al bien profundo del ser humano. Espera de ella un servicio positivo, el que podría llamarse «la caridad del saber». Vosotros sois, Señores, los que poseéis la llave de la más alta cultura. Nos atrevemos a hacer Nos en este momento el abogado cerca de vosotros, de las masas innumerables a las que no llegan más que de lejos y rara vez algunas gotas, algunas migajas de este vasto saber humano.

Permitid Nos que os digamos en su nombre: cultivad la investigación, pero a fin de que aproveche a otros; a fin de que la luz de la verdad descubierta, se extienda; a fin de que el género humano sea instruido, mejorado, perfeccionado; que la economía política de los pueblos saque de ahí directivas que conduzcan más seguramente al verdadero bien de los hombres. Tal es el panorama inmenso que se descubre al hombre de ciencia cuando, saliendo de su laboratorio para echar un vistazo a su alrededor, percibe algo de la expectación de los hombres: expectación que

levanta los corazones y los abre a la esperanza y a la alegría, no sin dejar a veces sitio, es preciso decirlo, a un sentimiento de inquietud y de ansiedad.

Esta inquietud, esta ansiedad, se disiparán el día en que la humanidad sabrá y sentirá que está animado respecto a ella, el hombre de ciencia, con un sincero espíritu de servicio; que no desea nada en tan gran medida como iluminarla, aliviarla, asegurar su progreso y su bienestar.

VI. *El gozo de la Sabiduría*

Sin duda os acordáis, Señores, de aquel «mensaje a los hombres de pensamiento y de ciencia» que fue proclamado el día de la clausura del Concilio. Antes de dispersarse, la imponente asamblea se volvía a vosotros para dejaros esta apremiante exhortación: «Continuad investigando sin cansaros, sin desesperar nunca de la verdad... Buscad la luz de mañana con la luz de hoy, ¡hasta la plenitud de la luz!». Y los Padres del Concilio añadían: «Somos los amigos de vuestra vocación de investigadores, los aliados de vuestras fatigas, los animadores de vuestras conquistas, y, si fuese preciso, los consoladores de vuestro desaliento y de vuestros fracasos».

Esta última frase habrá podido sorprenderos: ¿acaso no lleva consigo la investigación científica, su propia recompensa? ¿no es recompensado el sabio de sus fatigas, por las altas satisfacciones de orden intelectual, vinculadas a su trabajo?

Sin embargo la Iglesia nos brinda una sabiduría superior, fuente de alegrías, todavía incomparablemente más altas. Vuestra vida de sabios discurre, puede decirse, leyendo en el gran libro de la naturaleza. Nosotros tenemos, nosotros, otro libro, aquel que nos comunica los pensamientos de Dios sobre el mundo: el libro inspirado, el libro santo. Ese libro de las respuestas decisivas que la ciencia no puede dar.

Permitid Nos, Señores, que abramos ante vosotros, concluyendo ya, una página de este libro: aquella en que el autor inspirado describe la embriaguez que experimentó en su alma cuando le fue dado allegarse a esta sabiduría, superior a todo conocimiento humano, que acabáis de oír cómo el Concilio recordaba.

«Rogué y me fue dada prudencia; supliqué y vino sobre mí, espíritu de sabiduría. La antepuse a los cetros y a los tronos, y en su comparación, en nada tuve la riqueza... Todo el oro a su lado es un poco de arena, y como lodo será estimada la plata frente a ella. Sobre la salud y la hemosura la amé y con preferencia a todo

quise tomarla como luz, pues no tiene ocaso el resplandor que irradia. Viniéronme con ella los bienes todos a una... Sin dolor la aprendí y sin envidia la reparto... Porque tesoro inagotable es para los hombres, y los que se hacen con él estrechan su amistad con Dios» (Libro de la Sabiduría, VII, 7-14).

Que esta sabiduría sea vuestro fiel compañero en vuestros arduos trabajos, Señores. Es Nuestro deseo y Nuestro augurio, mientras invocamos a Dios para que desciendan sobre vuestras personas, vuestras familias y vuestros trabajos, las bendiciones más copiosas.

Nos es agradable rendir tributo, en presencia de esta asamblea, al profesor Allan Rex Sandage, sabio de renombre mundial, cuyos méritos han sido ya reconocidos por sociedades astronómicas americanas, y a quien Nos vamos a condecorar, como reconocimiento por su importante contribución a sus investigaciones para el progreso científico, con la «Medalla de Pío XI».

(Por la traducción: C. V. M.)